

*El amor eterno dura tres meses.*

*Les Luthiers*

Aún no habían mandado al Abuelo para Angola cuando Cuca y el Aceite se casaron. El Abuelo hizo de fotógrafo. Disponía de una cámara mala con cojones y también de la del Aceite, que era peor; pero las fotos no quedaron mal. Al menos, fueron espontáneas. Y eso es bastante porque no es fácil escapar de las garras de los fotógrafos de bodas y de sus poses afectadas. – Los novios que se pongan en la cama por favor. No, así no. Uno a cada lado con las manos cogiditas en el centro. Sonrían cuando yo les diga. ¡Ahora! –Vamos, para el espejo. Miren hacia él. El novio que se ponga detrás de ella por favor. Un poco más al lado para poder hacer la foto del reflejo. Así. No se muevan. –Ahora con la copa. Crucen los brazos con la copa en los labios. Anjá, muy bien, pero mírense, sonrían. Ahora. Flash.

Nos estuvimos preparando para descojonarnos de risa un buen tiempo, porque de eso es muy difícil escaparse, y al final el Aceite le aguló la fiesta al Abuelo. –El fotógrafo vas a ser tú. Así que ya sabes –y aunque se casaron en un palacio, con música de boda y todo, no se cortó el tejo como era de esperar, ni hubo demasiada chealdad.

La fiesta fue en casa de Cuca. Por mucho que Bebé insistió, no se le dejó poner la música. Así que se fue a un rincón y se pasó la noche sin decir ni mu, con un vaso de cerveza en la mano. En el grupo se había pensado en hacer algo pero al final se desistió. Perico y Bebé lo tenían muy fácil con el violín y la guitarra y el Aceite no tenía ni que mover el bajo pero ¿con la batería qué? Además de la perra gracia que le iba a hacer un concert, en el salón del gabinete, a la familia de Cuca. No, no, mucho más apropiada la grabadora.

–Abuelo, hace falta que te ocupes de Bebé. Le está montando un numerito a Laura de pipi. Están allá atrás, en el cuarto del fondo –me soltó Perico de pronto–. Si, no me mires con cara de carnero degolla’o, a mí capaz que me tire por la ventana y me da pena decirle na’ al Aceite. ¿Es su boda, no?

–*Don’t worry* Peter Pan. Perro que ladra, no muerde.

Cuando el Abuelo entró al cuarto Laurita estaba descalza, sentada en la cama, recostada a la pared, llorando a todo trapo, con el rímel de los ojos corridos por toda la cara tiempo Alice Cooper.

–Mira Abuelo, mira lo que está haciendo Bebé. Me ha quitado los zapatos y no me los quiere devolver.

–Estos zapatos no son tuyos. Te los regalé yo. Así que, igual que te los di, te los quito.

–Eh, ¿qué te pasa Bebé? –a pesar de lo realista, la escena era dura de creer.

–Esta puta se estaba restregando con uno allá fuera; pero no lo va a hacer a costa mía. Así que dale, bicha, que estoy esperando a que te quites la blusa y la saya. Arriba, arriba, que se me está acabando la paciencia.

–¿Cómo me voy a quitar la ropa Bebé? ¿Tú estás loco?

–Eso también te lo regalé. Así que dale. Voy a contar hasta diez.

Laurita lloraba cada vez con más ganas.

–Diez, nueve, ocho,... –¿qué coño se debe hacer en estos casos?

–No jodas Bebé. ¿Vas a aguarle la fiesta al Aceite, consorte? –paró la cuenta atrás casi llegando a cero pero no soltaba los zapatos ni a jodía. Al final vino el Aceite, se lo llevó a otra habitación y al rato largo regresó con los zapatos en la mano.

–Abuelo hazme el favor bró, llévate a Laurita al balcón, bien lejos de Bebé.

Hendrix López, el niño de Bebé y Laurita, estaba dormido en otra habitación y la gente pareció no darse por enterada pero Bebé amenazaba con superarse según avanzaba la noche. Todavía le quedaba mucho por ofrecer. Llevaba ya bastante tiempo muy raro, calentando motores. Casi un mes sin aparecer por los ensayos, sin dejarse ver, ni por el Don Giovanni. Nada, *missing* total. Laurita no se atrevió a mover un solo pie de nuevo. Bebé seguía vigilándola con el rabillo del ojo, balanceándose sin parar, como si en aquella sala llena de gente solo hubiera un sillón casi rayando el suelo y un ser diminuto y nervioso intentando pasar desapercibido. De pronto, el dichoso y oportuno tipo que antes la había sacado a bailar, el mismo que había levantado sus sospechas, supongo que algún familiar lejano de Cuca, se le acercó de nuevo a Laurita y Bebé se levantó del sillón como un resorte. –¡Arriba!, hora de pirarse. –¿Ahora que la estamos pasando tan bien? –para Nela, el Abuelo siempre ha sido un agua fiesta «Claro, como no sabe bailar». Pero esta vez ni imaginaba lo oportuna y justificada que estaba la partida. A Perico tampoco le hizo gracia, ahora que estaba tan cerca de unas tetas que amenazaban con besarle la cara; pero cuando vio los ojos rojos de Bebé no le hizo falta más explicación. –Bebé, nos borramos. Aceite trae a Hendrix; que el tren se va –El Aceite vino con el niño dormidito cargado, pero Bebé no lo cogió. Él tenía que estar atento. Nela cogió al angelito y el combo bajó las escaleras

pitando. Cuca y el Aceite se asomaron al balcón para despedirse.

—¿Por qué se van tan temprano? —preguntó Cuca. El Aceite le dio un beso en la cara y volvió a mirarnos—. Hasta luego. Chao —se despidió. Nada más llegar a la esquina Bebé volvió a la carga.

—Quítate los zapatos —«¡Que manía con las jodidas sandalias coño!».

—Deja eso Bebé.

Pero él siguió, como si esa fuera la única frase que conociera y Laurita, aprovechándose de la compañía, remontó una carga que aseguraba una buena guerra. —¿Tú crees que contigo se puede salir a la calle chico? Ese tipo ni se me había acercado Bebé. Tú estás loco. Jodiéndole la fiesta a tu amigo. Nunca salimos. Nunca salimos del dichoso solar de Regla, pero pa' qué. ¿Pa' que luego tú formes esto? ¡Ay Dios mío! ¡Que desgraciada soy! Mira la cara de loco que tienes —y así, y así, y así, la hora y media que tardó en venir la guagua de la confronta, y así cuando se subieron; a pesar de que él se sentó en el fondo y el resto en el medio. En el bus había cuatro gatos pero, apenas salió de Nuevo Vedado, por el zoológico, Bebé creyó que uno de aquellos gatos estaba mirando a Laurita más de la cuenta. —¿Qué pinga tu miras? —Yo no estoy mirando na'... Eh, eh, eh, ¿Y a ti qué mosca te ha pica'o? Yo soy libre y soberano y miro pa' donde... —¿Te salga del ano? Mosca ni cojones. Si no quieres aterrizar en la acera de una pata' en el culo pártete el cuello por la ventanilla. ¡A mirar el paisaje! Aquí adentro no se te ha perdido na'. —Coño Bebé, deja eso. —¿Qué se cree el cabeza de pinga este? —el tipo era calvo. —¡Que vergüenza! —Arriba, a bajarse to' el mundo que esto no es La Tropical —a grandes males, grandes remedios. El chofer arreglaba el asunto sin calcular siquiera la bola de kilómetros que quedaban pa' llegar y hubo que bajarse porque el tipo

estaba dispuesto a apagar el incendio de Bebé con el extintor que tenía en la mano. Hubo que seguir hasta el Cerro en la guagüita de San Fernando: un poquito a pie y otro caminado y con el niño a cuestas que además se despertó y lloraba.

¡Tremenda mariconá! –Bebé, asere, haz el favor y vete pa' tu casa. Deja que Laura y el niño duerman en casa de Nela y mañana, cuando los dos estén más tranquilos, hablan, se ponen de acuerdo, conversan, dialogan... –después de varias repeticiones, increíble, parece que entendió porque desapareció caminando. Quién sabe si a Regla o a la Habana del Este, o a algún lugar de la ciudad. El caso es que, el infinito camino a casa de Nela, se hizo más soportable a pesar de los lamentos de Laurita. –Quédate conmigo, anda. Mis padres están pa' Sagua y me cago de miedo si aparece el loco de Bebé en esa situación. Ay, discúlpame Laurita pero es que estoy muy nerviosa –y hubo que quedarse.

Al día siguiente apareció Bebé con un cuchillo en la mano dispuesto a una carnicería. –Consorte, usted está crazy o qué bolá. Asere, su chama está ya despierto. No le grave estos recuerdos en su cabecita –al final parece que entendió porque, después de convencer a Laura, que hubo que darle candela como al macao pa' que saliera, se fueron los dos solos a la calle.

El Abuelo y yo nos quedamos con el niño. Fue curioso, no dijo nada, no preguntó por su papá, ni por su mamá. –¿Dónde está mi papi? –¿Quién es su papi Abuelo? –El Aceite –me dijo y el niño se me abrazó como nunca lo había hecho nadie. Me daba la impresión de que en cualquier momento se iba a abrir la puerta, iba a aparecer Bebé chorreando sangre o Laurita medio degollá. Estaba cagá de miedo cuando sonó la aldaba. –Abre tú, ¡Solabaya! –cerré los ojos y todo del miedo que tenía pero sentí el ruido de un beso afuera. Cuando miré, estaban

abrazaditos los dos, como dos tortolitos en celo. Le di el niño a Laurita. Quería decirle que tuviera cuidado, que mejor me lo dejara, pero estaba muerta de miedo y de cansancio y desesperada porque desaparecieran. Cuando se fueron casi me desmayé en la cama. Estuvimos veinticuatro horas seguidas durmiendo. Tanto, que por poco mis padres nos cogen, con la masa en la mano.

Su televisor tenía un solo canal  
una imagen mitad cielo despejado mitad césped girasolado  
el botón del cambio de canales tenía todos los numeritos  
pero él lo usaba así  
como un proyector de vista fija  
nadie sabe como fue que el viento volcó la antena  
pero ese día perdió su imagen  
registró en su memoria mitad césped mitad cielo y nada  
así de repente  
nada  
tocó en la puerta del vecino  
su botón tenía otra posición  
en la pantalla un animado anunciaba un filme de suspenso  
casa por casa  
descubrió la turbulencia de color televisiva del vecindario  
le subió el colesterol  
tuvo una trombosis tres paros y dos derrames cerebrales  
regresó a su puerta y  
apuntando con su dedo hipertrofiado  
a su antiguo canal desvanecido  
penetró en la imagen apagada  
en busca de los girasoles

*La mentira es de patas cortas.*

*Cuca*

*[...] y pensé en algo que hace algún tiempo le oí a un científico social, contaba que se ha calculado que oímos una media de 200 mentiras al día, sin las que, aseguraba, no podríamos vivir, 200 mentiras al día son muchas mentiras, lo que me hizo cuestionarme qué significa la palabra mentira, o si la mentira, en su totalidad, forma parte de la verdad [...]*

*Agustín Fernández Mallo*

*La mentira da flores, pero no da frutos.*

*Proverbio africano*

Cuando movilizaron al Abuelo, el Aceite había terminado de armar una *computer* en su casa y estaba faja'o haciendo un sintetizador con una tarjeta aparte llena de cables. Según él era tan lenta que no iba a poder conseguir lo que quería; pero le sirvió para hacer una interfaz MIDI que sí podría servir luego con algún aparato *de verdad*. Yo tenía un socio que a su vez conocía al tipo que llevaba el Laboratorio de Música Electrónica en el Palacio Central de Computación (en el antiguo Sears); así que hablé con él y nos puso en contacto. Efectivamente allí tenían un módulo de sonido y un

sintetizador Kawai K4 MIDI y un 386 cagándose de risa porque no podían conectarlos. El Aceite le habló de su interface y el tipo le dejó probar. Instaló la tarjeta y el *software* (uno que había adaptado) y funcionó casi a la primera. Al final negociamos y, a cambio de que pudieran usarla para el Laboratorio, nos dieron horario. Tres horas, todos los días, excepto los fines de semana.

Aquello estaba vola' o, lleno de niñas riquísimas por todas partes informatizándose; así que seguimos experimentando, pa' sustituir al Abuelo y secuenciar el *drum* hicimos un set de percusión MIDI, bueno en realidad yo solo ayudé a cortar los parches, y a hacer una cajita que sincronizaba con la grabadora. Al final re-arreglamos algunos temas e hicimos bola de temas nuevos; pero ni así podíamos tocar. Allá dentro no se podía y tampoco nos dejaban sacar los hierros para tocar fuera. ¡Yo tenía unas ganas de tocar de pinga!

Llegando al Palacio me llamaron de un grupo. Necesitaban un violinista. Los tipos eran volaísimos y actuaban sistemáticamente, incluso en el Teatro Nacional. Así que empecé a ensayar con ellos sin decirle ni pinga al Aceite. No me atrevía. Traición no es la palabra exacta, mariconá tampoco, porque tampoco teníamos na' pero no sabía cómo se lo iba a tomar. Él había renunciado a varios proyectos, entre ellos el viaje a Madrid, por solidaridad con el Abuelo. Quizá fue por eso, no se, pero la verdad es que no era capaz de decírselo. Al final fue peor porque a veces coincidían los ensayos y, por supuesto, llegaba tarde o no iba por el Palacio. Empezaba a quedar mal con él y me sentía cada vez peor.

—¿Te pasa algo Perico? —llegó un día por fin la pregunta que no estaba listo para responder.

—¿Por qué?

—Porque llegas tarde, porque no vienes, porque no dices nada, porque estás raro con cojones. ¿Qué bolá asere?

-No es eso Aceite. Es que no sé ni cómo soltártelo, ni cómo te lo vas a tomar.

-Inténtalo.

-El problema es que estoy ensayando con Teatro de Sonido y me siento mal porque no sabía cómo decírtelo; pero por otra parte bien porque estoy tocando y...

-¿Y por qué pensaste que me lo podía tomar mal bró? ¿Tú crees que nos vamos a pelear por eso? No jodas Perico. Yo sé que esto es una porquería. Es una mierda que se hayan llevado al Abuelo, que a Bebé se le haya perdido un tornillo, que con Wolf no se pueda contar siempre, que, ahora que tenemos hasta *computer* y todo, no podamos tocar, que tengamos que inventarnos un tinglado como este para poder seguir sin avanzar un paso. Ni siquiera tengo claro por qué cojones no nos largamos a Madrid con otro baterista. No lo sé. Quizá fidelidad no es la palabra. Pero prefiero creer que es esa y no imbecilidad. A lo mejor soy el único idiota que anda suelto por aquí; pero no te culpo, ni me ofende bró. Perico, tú estás aquí porque te sale de la pinga. Lo mismo que yo. Seguro que no hay quien lo entienda pero así es.

-No es eso bróder, yo tampoco lo tengo demasiado claro y no se por qué, pero me siento culpable.

-Deja el drama Perico que aquí no ha pasado nada. Yo voy a seguir viniendo, por lo menos hasta que me aclare un poco o hasta que no pueda más. Sigue tú con Teatro. Es un buen grupo. Leiva es un mostro. Cuando te venga bien, nos vemos, cuando no, *be happy*. Deberíamos grabar lo que hemos hecho, para que no se pierda, por si un día queremos retomarlo, pero no te pongas dramático.

Me impresionó lo bien que se lo tomó. La verdad ni siquiera sé porque estaba tan seguro que se lo tomaría mal, supongo que por la onda fidelidad con el Abuelo, pero es que el Aceite imponía. Soltaba las cosas sin pensarla dos veces, sin que le

quemaran la lengua, sin segundas y con ese vozarrón de barítono bajo amenazante.

Después de aquella conversación tocamos en el Teatro Nacional y lo llamé para invitarlo. Pensé que no iba a ir, que me daría cualquier excusa y otra vez me equivoqué.

–Suenan muy bien Perico. No como nosotros claro... – solo podía referirse al *swing* porque tecnológicamente...–. ¡Que no mostro!, es broma. Felicidades, de verdad.

Yo no volví al Palacio. Apenas tenía tiempo. El Aceite estuvo un tiempo más, hasta que cambiaron la plana mayor del Centro. Justo al lado del Laboratorio, el nuevo director mando a instalar una barra para vender rositas de maíz y refrescos. Trajeron una máquina que cagaba sin parar melodías “populares”, en plan consola de juegos japonesa, mientras escupía rositas. No se cansaban de mandar a bajar el volumen. La *bull* que hacía el Aceite adentro era *insoportable*. Un buen día recogió sus cosas y salió echando.

A Bebé lo volví a ver por el Don Giovanni. Había dejado a Laurita. Le pregunté por el Aceite.

–No. No lo he visto pero mejor que no los vea.

–¿Y eso Bebé? ¿De quiénes estás hablando?

–De Laura. De Laura y de él. Singando por to’ a la Habana.  
¡Hijos de puta!